

COLECCIÓN
ALMANAQUE

LA GRAN AVENIDA

•

LARISA CUMIN



VERA editorial cartonera

LA GRAN AVENIDA



ALMANAQUE

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.

COLECCIÓN
ALMANAQUE

LA GRAN AVENIDA

LARISA CUMIN



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN ALMANAQUE
dirigida por Analía Gerbaudo

La gran avenida / Larisa Belén Cumin.
—1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional
del Litoral, 2020.

Libro digital, PDF/A – (Vera Cartonera /
Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-250-0

1. Literatura Argentina. 2. Poesía Argentina.
3. Literatura Contemporánea. I. Título.
CDD A861

© Larisa Cumin, 2020.

© de la editorial: Vera cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones
Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales
IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción
de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener y Valentina Miglioli

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

2018

LA ESCAPISTA

Pueblo

6 •

Santa Clara era oscura
y de la Buena Vista
porque desde
la ruta se ve
una pequeña lomada
en la llanura
pampeana.
El Lelo
a grito pelado
en la noche
llamaba
vieja vieja!
para que abra
—era miedoso,
pero no por eso
dejó de timbear—.
En camisón
la Lela prendía el foco
amarillo
de los buenos
—treinta años
sin quemarse
nos tiñó de rareza el frente—
a tranco largo llegaba
respirando por la boca
duro
mirando
solo para adelante
esa luz.

Así también
se quedó una vez, gritando *vieja*
cuando una bola
fosforeciendo
de la entrada al fondo
atravesó el garaje
y se perdió allá
por los corrales de la feria.

• 7

Así de brillante
pasaba la Luciana
por medio del tinglado
dele pedalear
más rubio el pelo
que el polvillo de los silos
contra el sol
es la luz mala, me decía él
no te juntes con esa chica.
Pero el viento pegaba en la cara
con olor a peligro
cuando me llevaba en el manubrio
y los obreros
como estatuas vivientes
saludaban
entre las bolsas
que hombreaban.

Lelo,

8 •

la lata
de chorizo en grasa
Lelo, ya te los comiste?
Ese es tu placer del invierno
—tu placer y tu dolor—
el dedo hinchado, la pierna roja
costrosa
como un salame de tanta carne
tanto ácido úrico.
Lelo, los chorizos
guardaste uno nomás
en la lata con grasa blanca
envuelta en un trapo
de camisa vieja
que usaste algún verano arremangada
—muchos veranos usaste—
y cargaste ahí los particulares negros
olorosos
en el bolsillo y fumaste
abollaste el papel
de ese verde amarronado
de trama chiquita
tan parecida al olor y al tapizado
del Renault 19
—que estrolaste una vez
en plena polvareda de camino
donde no pasa nada
pero pasa

contra un camión en el cruce
que no te vio
que no viste
ni mamá
ni la Lela vieron
pero ellas sintieron
dio de su lado
de tu lado no—
guardaste uno en la lata
y ahora lo sacás
pedís un plato
con apuro, con ansia
no tanto por convidar, o sí
más que nada para probar
si este también está bueno.
Y es como un gusto rancio
una humedad de grasa en la boca
y una sal, un gusto a campo
a casero, a leña donde seca
a camisa
a pucho colgando en la boca
a pierna hinchada
a ojotas en invierno,
agua de napa y papel metalizado
a mujer que deja
la pava al fuego.

Por si tira

10 •

Parece que
hay muchos poemas
que empiezan diciendo *hay*
y no quería,
es un hilo a veces la palabra
del que tiro
a ver qué onda
qué suena
qué dice.
Es una cinta a veces la palabra
atada a un souvenir
de cristal hecho en San Carlos
adentro de una torta
en una fiesta
y ojalá que nunca
toque el anillo
que salga el cisne
la sirena
el pececito
todas las
miniaturas brillantes
y retorcidas
que algún viejo
gestó derritiendo
pequeñas tiras coloridas
traídas de Murano
con soplete
en un taller
con vidriera al público

y plop al agua
la pieza
cae
delante de la mirada
del contingente escolar
y queda fija para siempre.
Salvo que caiga
y se rompa
de tan rígida
estalla la torta
a la cuenta de tres
todas las chicas solteras
tiran, tiran
y yo ruego que no
el anillo no
tengo trece
mi prima se casa,
y sus amigas
empiezan a decirme cosas
que por fin entiendo.
Hace años no las veo
pero saben
que soy la misma
pero más grande
y en vez de cantarme el arroz con leche
ahora preguntan
si tengo novio.
Uso cancanes y pollera de moda
tacos baratos
y por suerte
no saco el anillo, ni ninguna de ellas.
Mi prima se casa
no la veo más

deja de a poco
de llamar
para mi cumpleaños
me pongo de novia
mi abuelo se muere
vuelvo al pueblo
las tiras ahora
son adornos atados a la manija del cajón
—un lujo que nunca tuvo
pero que alcanzó
a pagar con los ahorros
del bolsillo—.

Tengo otro novio
viajo por primera vez con él
no alcanzo a presentarlo
que mi abuela también muere
vuelvo de viaje para salir
hasta el pueblo
acompañando el féretro
mi prima pregunta
si estoy bien
me mira con cara rara
piensa que me drogo y estoy perdida
lo sé, me lo contaron
quiero llorar
y no me sale.

Tiro más y estoy
con la cadena en la mano
en el baño de afuera
el agua corre
limpia, se lleva.
Tiro de nuevo y no suelto
una cascadita inútil

va en picada a perderse
dejando una marca
de arsénico en la losa,
los dientes de mamá
se forjaron amarillos
con manchitas que no pudo clarear
el dentista dice
que a los huesos
los tiene que tener
del mismo color
de tanta agua envenenada
que tomó de chica.
Tiro y estoy
haciendo un silencio
aburrido
para que pique
en el vapor de la siesta
nos dormimos a la sombra de un ombú
flota la boya,
la línea en la mano
por si tira.

2015-2019

LA GRAN AVENIDA

Baquelita

Este polímero
es el único de todos
que no se derrite
una vez que cobró forma
al enfriarse rodeando
el caño del ventilador
se queda ahí.

Leo en Wikipedia:
*la termoestabilidad
debido al alto grado
de entrecruzamiento
de su estructura molecular
lo hace diferente.*

Pienso en las vidas
detenidas para siempre
por el Vesubio.

Google: p o m p e y a
sugerencia: *Pompeya estatuas*
click

imágenes:
el perro retorcido
la pareja besándose
—un polvo eterno—
un tipo intenta arrastrarse todavía
otro parece exhalar un quejido
click ampliar
veo unos vidrios protegiéndolo
como si eso pudiera
salvarlo de algo.

La búsqueda tira
 siempre algo más:
frescos pompeyanos
click
 unas pinturas sobre paredes rajadas
 buenísimas:
 en una Safo muerde un lápiz
 pidiendo inspiración
 después hay muchas
 de gente teniendo sexo
click
 en muchas posiciones distintas
click
 y a veces no son gente
scroll
 todo expuesto, abierto
 como esa boca oscura en la tierra
 con las comisuras arrugadas
 y los labios redondos, adelantados
 o es más bien un culito fruncido
 el volcán desde la toma satelital.
Zoom:
 la ruta sube
 desde acá el monte parece hermoso
 las vistas 360 no alcanzan
 quiero ir y ver
 la vida vuelta estatua.
 Acá en Cayastá
 tenemos el parque arqueológico
 lleno de cimientos
 donde hay que imaginarlo todo
 la altura de las casas
 las ventanas
 la gente

de Santa Fe la vieja
y hasta la cara de los esqueletos
que descansan en la iglesia
—como si nada—.

Hay uno que tiene doble dentadura
desde que lo vi a los ocho pienso
en si podía o no
cerrar la boca.

Che, mandemos a hacer
una reconstrucción facial
como la que el líder venezolano
hizo de *Bolívar*

Google

*sugerencias: Simón Bolívar maldición
click*

Chavez muerto click

*Tutancamón
click.*

—Los dibujos digitales muestran
cuál era el rostro del héroe cuando vivía
pero sigue teniendo cara de muerte—.

Me pudro de perder tiempo
agarro el circulador
made in Rosario por la baquelita
y lo giro

sin correr riesgos
ni quedar pegada
porque pienso

click

amarte todavía

apagar

click

aceptar.

Los días más felices

18 •

—fueron
y serán peronistas—
dice un mural
a la vuelta de
casa
una forma de llamar
a esta piecita
donde habito
una ciudad también
nueva para mí
pero fundada —antes
que aquella
donde nací, crecí, amé,
me separé, perdí—
y refundada
por el mismo
conquistador
que allá
erigió el rollo
en tierras Quiloazas
—acá ya está, dijo
pero no estaba
y se tuvieron que mudar cincuenta años después
corridos por las langostas
el río y los malones—
¿qué voy yo a fundar
a ese lugar?
me pregunté

ante un mural diferente
de mosaicos
en Santa Fe
que mostraba
con dos puntos negros
las ciudades
unidas por un hilito
celeste
las aguas
solo las aguas y esas dos ciudades
unidas por el falo de Garay y este
monumento pobre
en el límite
de un barrio cheto
y otro picante
ahí donde siempre termino yendo
en el Parque Garay
antes y después de una separación.
Dejé a mi primer novio
me acuerdo
lloré mirando al lago
de bordes como cordones de vereda
y a los gansos
—que dicen que se comen los pibes de la villa—
flotar como barquitos a pedal.
Se los comen, posta
yo lo vi
después
siete años después
ahora
con el novio que acabo de dejar
vi cómo
tres chicos

en el verano
saltaban a nadar en esa mugre
es playo
corrían chapoteando
al ganso
que de tan ganso no supo escapar
se quedaba ahí
para que lo agarren
lo atrapen
y la patrulla del parque nada
los llamé les dije
el ganso pobre ganso
¿y los pibes...?
me pregunté después
¿si de verdad es para comer?
¿si de verdad alguien en la casa espera
que lleven algo?
yo no tengo
a nadie que espere nada
qué espero yo de mí
qué esperaron mis novios de mí
¿que me quedara?
¿que me dejara atrapar como el ganso
que se hacía el que volaba, pero no puede, pobrecito?
por eso mismo
es que se queda a vivir en un lugar tan horrible
como ese parque.
¡Que se lo coman no más!
¡Que sirva para algo
más interesante que decorar la tarde de los que
no tenemos hambre!
¡Que se lo coman!
Yo ahora paso por este mural

donde un rodete abraza a Perón
y no me quedo
ni me quedé
camino por unas calles
que no conozco
y quizás en tres o cuatro años o menos
me aburran, no sé
pero camino
de noche
con un paraguas
y por eso no llovió
y por eso, quizás
también
nadie me toque
porque según
un informe
estadístico de la federal
que circulaba por cadena
en los dos mil
a las minas con paraguas
nadie nos viola
o casi nadie
los usa
ni sale a violar
cuando llueve.

La gran avenida

22 •

El chasis ilumina la oscuridad inmensa
la banquina a los costados
yuyos llenos de tierra que crecen en el guardarraíl
yo vuelteo.
Y me callo
porque estoy pensando en los camiones de carga
que pasan a toda hora por la gran avenida.
La palabra ministerio hay que aplastarla
como se aplasta a un perro
bajo las ruedas.
La palabra ministerio ya no explica nada.
(El ministerio es nada, y la nada no se explica
por sí misma)
Habría que reemplazar la palabra ministerio
(al menos por hoy, al menos por este poema)
por lo que yo siento cuando pienso en los camiones
de carga
que pasan a toda hora por la gran avenida
temblequean rosados los huevos de caracol
y se derriten los hielos rolitos de la fábrica ya viejos
en los zanjones del cruce
de Teniente Loza y la gran avenida.
Pero yo no me explico
ni nadie me explicó
por qué me sueño todavía caminando
por los baldíos de la gran avenida.
Un chico en la esquina sacó
un escurridor del balde
temblequea la espuma sobre la goma espuma.

Todo temblequea.
Los camiones pasan al mediodía por la gran avenida
a los once
a la una
a los veinte
yo apuraba el paso
volviendo de la escuela
por los silbidos y gritos en la gran avenida.
Pero eso no explica nada
es como un semáforo que se pasa de largo.
Hay que dejar de explicar
pensar en otra cosa
para tapar el sueño de la gran avenida.
Una pelota colgada como un elefante de la tela
se trabó entre los cables y una rama,
un carro pasa cargado de chatarra
que cruje alegremente en su óxido.
En el 2003, en Santa Fe,
salimos caminando por el asfalto a comprar pilas,
velas y espirales
la ciudad se había apagado con el silencio de la queda
asustados como estábamos por el agua negra
nerviosamente escuchábamos cómo iban y volvían
los helicópteros alumbrándola
hasta quedarnos dormidos.
Tampoco puedo explicarme por qué sueño
con hélices de helicópteros,
con terrenos baldíos y perros
que me corren a los saltos en el loteo.
Ni por qué sueño con fósforos de madera,
y me sorprende mirando la ruedita gastada
del encendedor Candela.
Nunca vi
ni puedo imaginarme

el asfalto cubriendo los costados
de la gran avenida.
Sí vi el polvo como arena gastada
tapar de a poco el pavimento, las bolsitas de basura,
las latas.
No sé si tengo memoria o me pongo a imaginar.
Desde chica intento cubrir una torta con chocolate
derretido
hasta que quede lisito
ayudándome con una espátula Essen.
Todavía hoy
—poniendo una olla al fuego
y prometiendo una bombón—
intento imaginarme la banquina asfaltada
de la gran avenida.
Tomo manteca, cacao El Quillá y los derrito
revolviendo
pero aunque pueda imaginarme todo,
nunca voy a poder ver el negro intenso
de la brea secándose lustrosa sobre la tierra
de los costados de la gran avenida
ni el chocolate parejo sobre la torta.
Anoche llegué a casa a las seis de la mañana
en la oscuridad porteña, me di el dedo chico
con la pata de la mesa
y ahí no más me quedé pensando
en lo que no quiero pensar
en lo que a veces niego que me importa.
Pero en realidad me estaba escapando
del sueño insoportable de la gran avenida.
Y ahora como si tuviera que dar clases
y dictar —que es horrible pero todos se callan—
digo:

«La gran avenida o avenida Blas Parera
está situada al norte de la ciudad
de Santa Fe, cerca del límite con Recreo
bastante al oeste».

Miro un mapa
pero me confunde más
los nombres de algunos barrios no figuran
y hay otros nuevos
¿Dónde están La Cava, El Sabalito, La Chaqueñada,
Villa el corpiño?
El celular se me queda sin batería a las seis
de la mañana
y yo desesperada —a lo Marta Sánchez—
no encuentro el cargador.
Habría que inventar nuevos gestos para los dedos,
pensarán algunos.
Yo en cambio pienso en las luces de los colectivos
que pasan de noche en las autopistas.
Me cuesta dormir cuando yendo de noche
no tengo a mi costado una ventanilla
y sin embargo viajo mucho y me escapo
del ministerio de la distancia inagotable
de la gran avenida.

Si sumo todos los kilómetros de ese entonces
ida y vuelta a la escuela
y los multiplico por días, meses, años,
¿cuántas veces hubiera llegado a la luna?
Como cuando cruzábamos la curva en diagonal
hasta el pizarrón que decía *zandias caladas*
en la banquina de la gran avenida
era en enero, cuando el asfalto ablanda la suela
de las ojotas
esperábamos que llegara la tardecita
manguereándonos en el patio

y el Lelo dejaba el postre para después de la siesta
no vaya a ser que la fruta se mezclara con el vino
y le hiciera en la panza una piedra, un clericó
o una explosión.

La cumbia sacudía las tardes en el verano
y caía como el sol sobre la gran avenida.

Vi pasar cupés fuego polarizadas,
aviones con propaganda de circos y de todos
los políticos versionando a Los Palmeras—
—siempre a Los Palmeras—
y hasta avionetas de Catastro.

Los inspectores toman nota
de esas manchas coloridas que divisan desde lo alto
incluso si son tinglados, Pelopinchos,
o medias sombras

en las inmediaciones de la gran avenida.

La gran avenida no se da cuenta de la sombra
del avión que pasa

solo siente las cubiertas ir y venir
friccionando como si con ella no
terminara la ruta y empezara la ciudad.

Solo siente

los cuerpos de los perros atropellados

los boquetes y el sol

que la hace reventar hacia los cordones.

A esta altura de su poema

Ricardo dice

hace unos años

—o sea, antes del 72—

a un avión que volaba creía

sobre Santa Fe —pero no es verdad me parece—

y no era jet

—ni tampoco del ente regulador de la construcción—

se le abrió una puerta de pronto

y las leyes de la física hicieron
obedecer a una camarera
al llamado de la gravedad
como a la pelota que baja ahora de los cables
ya desinflada en esta tormenta.
Pero no hay, no encuentro
—tampoco puedo explicarme cómo—
en Internet registros de ese accidente.
Pero sí de uno igual
igualito
muchos años después
en 1995:
«Se abrió una puerta
en pleno vuelo succionando a una auxiliar
que fue arrojada al vacío
causándole la muerte» —claro—
sobre las Sierras Grandes de Córdoba.
La ley de gravedad es dura,
como las deudas y los decretos
—que no son leyes—
y los ministerios que cierran
como fábricas.
Acá también
vamos a hacer un minuto de silencio.
Este es por Lilian Almada, la azafata del 95
.....
Y por las palabras que están muertas:
Ea ea-ea-ea- Ea-ea-e-a-é.
Y por las premoniciones de los poetas
que nunca mueren
y sus obsesiones
solo algunos segundos
—chiquititos— entre trago y verso:

y también por las mañas que heredamos.

Acá me callo.

Pero sigo un poco más ronroneando

como un motor que rebajó a tercera

ahí donde la 11 se transforma

en la gran avenida

y se despliega Santa Fe

como un embudo por donde baja

desde el norte hacia el sur.



•

LARISA CUMIN

Nació en Santa Fe en 1989 y reside en Mar del Plata.

Publicó los libros *La escapista* (Club Hem, La Plata, 2018), *Flaquito* (Corteza, Santo Tomé, 2014).

Es Magíster en Escritura Creativa (UNTREF). Integra las antologías *Van llegando* (Mansalva, Buenos Aires, 2017), *Poetas Centro* del CFI (2018). Dicta talleres de escritura para adultxs y chicxs y coordina el proyecto Poesía en Malla. Escribió para el periódico *Pausa* la columna Ladelengua, e integró el grupo de difusión poética La Chochán.

ÍNDICE

LA ESCAPISTA (2018)

- 6 Pueblo
- 8 Lelo,
- 10 Por si tira

LA GRAN AVENIDA (2015–2019)

- 15 Baquelita
- 18 Los días más felices
- 22 La gran avenida



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias